

**«EL AMOR DE CRISTO  
NOS APREMIA»  
CELO APOSTÓLICO DEL PADRE COLL  
Y DE SAN PABLO**

José María Viejo, O.P.  
Angelicum - ROMA



## «EL AMOR DE CRISTO NOS APREMIA» CELO APOSTÓLICO DEL PADRE COLL Y DE SAN PABLO

Las palabras que san Pablo escribió a los Corintios, «el amor de Cristo nos apremia» (2 Cor 5,14), reflejan lo que fue su talante apostólico, y con todo derecho sirven para describir lo que ha sido la vida del padre Coll y también lo que debe ser el apostolado cristiano. Jesucristo vivo y presente en el corazón de sus discípulos, como la energía que determina y mueve todas las obras de la persona bautizada.

Tomando como punto de referencia a Jesucristo podemos afirmar que la vida del padre Coll y la de Pablo de Tarso tienen muchos puntos en común. En efecto, Jesucristo ocupó el puesto central en la vida de Pablo desde el primer encuentro con el Señor resucitado, cambiando su vida radicalmente. Bien es verdad que el padre Coll ya de pequeño se inclinaba a la práctica religiosa, que fue una constante a lo largo de toda su vida, en la que merece la pena destacar el episodio del desconocido que le dijo: «Tú, Coll, debes hacerte dominico». Francisco dedicó tres años (1827-1830) para discernir su vocación. Tres fueron los años (37-40) que Saulo de Tarso empleó para asimilar el significado de la aparición que había tenido camino de Damasco (cf. Gal 1,18; Hch 9,20-25).

El padre Coll hizo su profesión solemne como dominico el 16 octubre 1831 y su nueva condición de vida comportaba el estudio asiduo de la verdad sagrada, el celo por la salvación de las almas, la dedicación constante al oficio divino y a la oración, además de la predicación evangélica. Estos cuatro aspectos aparecen claramente en la vida de san Pablo. El padre Coll poseía el hábito del estudio y, con palabras del P. Vito T. Gómez García, O.P. (*El Padre Coll, Dominico. Fundador de las Dominicas de la Anunciata (1812-1875). Biografía*, Edibesa, Madrid 2009, p. 59) poseía un «esquema mental maravillosamente ensamblado».

Tal como nos enseña Jesucristo a compaginar la oración y la vida de acción, san Pablo y el padre Coll son modelos que pueden servirnos para tratar de integrar la vida y la espiritualidad, y este modo de vida «apostólica» sin duda puede dar fruto abundante para que otras personas acojan la llamada de Dios y se consagren a Él en el apostolado, en la predicación, en la enseñanza.

Saulo de Tarso recibió una educación exclusivista, dentro del pueblo de Israel; no obstante, el encuentro con Jesucristo resucitado cambió radicalmente su vida hacia una visión universal, sin distinciones, llegando a escribir: «Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, puesto que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,27-28). El padre Vito cualifica al padre Coll como «espíritu planetario y nada particularista». Un hermoso y válido mensaje para el tiempo que nos toca vivir, paralizado muchas veces por el «yo», es decir, por el individualismo o por intereses personales o de grupo. Quienes somos cristianos somos «católicos», puesto que Jesucristo es para todos sin distinción.

Las líneas que preceden han sido escritas dentro del «Año Paulino», y han servido para presentar la figura de dos grandes apóstoles, san Pablo y (san) Francisco Coll. Como bien sabemos, la vida sigue adelante. Dentro del «Año Sacerdotal», el padre Coll tiene mucho que enseñarnos a todos por lo que se refiere a su configuración con Jesucristo y por su celo apostólico.

Para toda la Familia Dominicana y en especial para las Dominicas de la Anunciata la canonización del padre Coll es motivo de gloria y de gratitud a Dios, a la Sma. Virgen María y a santo Domingo. ¡Enhorabuena!

José María Viejo, O.P.  
Angelicum - ROMA

A partir de agosto de 1856, el padre Coll fue fiel en la atención pastoral a las terciarias dominicas que había fundado, y lo hizo sin menoscabo de su labor apostólica, pues continuó predicando por todas partes, recorriendo pueblos y fundando nuevas comunidades, visitando las ya fundadas. Compaginaba la predicación apostólica y el cuidado y atención a las terciarias dominicas, todo esto en línea con lo que había sido hasta entonces su estilo de predicación, tratando siempre de fundar comunidades evangelizadoras, de ahí las misiones populares, los ejercicios espirituales, novenarios, triduos, la predicación durante la cuaresma, durante el mes de mayo.

Si san Pablo tenía puesta su mirada en «los confines de la tierra», es decir, en llegar con el Evangelio hasta España, el padre Coll, con el dominico José Sadoc Alemany, tenía el proyecto de fundar en España uno o varios colegios o centros de formación para dominicos misioneros en América. Podemos decir que tal celo apostólico está presente en el padre Coll desde el momento de su ordenación sacerdotal (mayo 1836).

El padre Vito escribe en el Epílogo de su libro, ya citado, a propósito del padre Coll: «Brilló, especialmente, en el amor a la verdad, lealtad, respeto a las personas, sentido de justicia, fidelidad a la palabra dada, apertura a la compasión, coherencia con la propia identidad, equilibrio de juicio y de comportamiento, capacidad de relación con los demás, y para ello: afabilidad, actitud de acogida, sinceridad en las palabras y en el corazón, prudencia, discreción, objetividad, generosidad, disponibilidad para el servicio, sensibilidad al valor de comunión» (p. 224); a continuación afirma: «Los valores de fe fueron los que dejó especialmente en herencia a su familia espiritual. Semejante herencia impulsa a recapacitar, orar y estudiar en clima de silencio —«el silencio y la esperanza constituye nuestra fuerza», recordaba a las primeras hermanas—, invita a profundizar en clima de asombro y gratitud cuanto significa la vida otorgada gratuitamente, la vida con capacidad de acoger vida, la de Dios y la de los semejantes» (p. 225).

El «celo apostólico» del padre Coll es una de sus características manifestada a lo largo de toda su vida, puesto que su predicación fue una entrega incondicional a la misión. Bien podemos aplicarle las palabras de Pablo cuando afirma: «¡Ay de mí si no evangelizara!» (1 Cor 9,16), palabras que para el Apóstol tenían un sentido muy personal, puesto que significan: «¡Ay de mí si no predico a Jesucristo!». Esto fue lo que hizo el padre Coll durante toda su vida, predicar a Jesucristo. Su celo apostólico se acentuó en la tarea de la fundación de las dominicas de la Anunciata, y movido por el mismo celo consumó su vida en el sacrificio y en la renuncia.

El padre Coll vivió en un tiempo de fuerte ateísmo y de persecución contra la fe cristiana, intuyendo la urgente necesidad de entregarse de lleno a la predicación, a veces con peligro de su vida. Vivió exclaustrado 40 años, siempre fiel a su condición de dominico. También este hecho nos permite relacionarlo con san Pablo, quien después de su entrega a Jesucristo, aceptando la misión que el Señor le confiaba, no fue bien visto por parte de los judíos, que lo consideraron un renegado de la propia fe; tampoco los discípulos del Señor lo acogieron con los brazos abiertos, sino todo lo contrario, siendo visto con recelo y suspicacia, pensando que la suya era una estrategia para introducirse en sus comunidades y denunciar a los discípulos del Nazareno.

Hombres de Dios, conocieron ambos la prueba del espíritu, el padre Coll con escrúpulos por su tibieza, Pablo por el «aguijón de la carne» (2 Cor 12,7-8), siendo confortado por el Señor: «Te basta mi gracia» (2 Cor 12,9). Movidos por la gracia de Dios no se cansaron de predicar. La campaña misional del año 1849-1850, cuando el padre Coll tenía 37 años de edad, recuerda el primer viaje misionero de san Pablo, también con 37 años, recorriendo a pie largos y difíciles caminos. Ninguno de los dos predicaba solo, sino que ambos buscaron colaboradores. Conocemos el nombre de algunos colaboradores de Pablo: Bernabé, Timoteo, Lucas, Tito, y también conocemos el nombre de los colaboradores del padre Coll: Juan Bautista Vidal, Ignacio Serra, ambos jesuitas; José Sansa, diocesano, Isidro Dalmau, Juan Fontdevi-

lla, los claretianos Jaime Clotet y Fabrés y José Serra, Ramón Tubau, etc.

En Esterri d'Àneu (año 1849), una mujer poseída por el demonio interrumpió la predicación del padre Coll, diciéndole: «Calla xarraire, cállate, charlatán»; el padre Coll replicó: «¡Calla, Luzbel!», tal como sabemos por los testimonios de la Hna, Ribas y de la Hna. Sansi. Un episodio similar le ocurrió a san Pablo en Filippos, donde una joven que tenía el don de adivinación le interrumpía continuamente durante su predicación, hasta que Pablo le dijo: «En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella» (Hch 16,18). Tal episodio significó para Pablo terminar en la cárcel, de la que fue liberado al día siguiente, después de haber convertido al cristianismo al carcelero y a su familia; después de las excusas de los magistrados de la ciudad, Pablo saldrá de Filippos, continuando su apostolado en Atenas y en Corinto. Volverá a pasar por Filipos otras dos veces al menos, durante su tercer viaje misionario. También el padre Coll volvía a alguna de las ciudades donde había predicado, consolidando siempre la fe del numeroso público que le escuchaba con atención.

Otro punto en común entre el padre Coll y san Pablo lo encontramos en el método de predicar, pues el padre Coll comenzaba su apostolado en el lugar donde se encontraba predicando ejercicios espirituales a los sacerdotes, con la idea cabal de disponer así de «colaboradores» que continuarían su obra una vez que él saliera de la ciudad. Es decir, el padre Coll tuvo la feliz idea de predicar primero a aquellos que ya conocían la fe cristiana y eran los llamados a cultivarla después de la predicación de los misioneros. Por su parte, Pablo comenzaba su predicación dirigiéndose a los judíos, a quienes anunciaba la llegada del Mesías anunciado por los profetas; solo después de ser rechazado por la mayoría de la sinagoga dirigía su predicación a los paganos.

A propósito de las peripecias apostólicas, dificultades y calamidades padecidas por el padre Coll y Pablo podemos recordar lo que le

sucedió al primero en Roda de Ter (año 1853), cuando los misioneros no tenían nada para comer, la experiencia de la deserción de la primera hermana maestra y el atentado que perpetraron contra él algunas personas, molestas por su predicación, y que estuvo a punto de costarle la vida en la masía de Puigseslloses. Durante el varano de 1854 el padre Coll se prodigó en medio de los habitantes de Moià afectados por la epidemia de cólera. Así resume el P. Vito las pruebas afrontadas por el padre Coll: «Recorrió a pie largos caminos y sendas, atravesó ríos, pisó nieves y barro, soportó las inclemencias del tiempo en todas las estaciones del año, respiró la humedad y sufrió el frío de las iglesias dentro del confesonario, robó muchas horas al sueño y entregó otras tantas al ministerio, la oración y el estudio» (p. 211). Si bien fuera de naturaleza robusta, esta se vio puesta a prueba en diferentes ocasiones con fiebres intermitentes, con ataques de apoplejía, con la ceguera. En medio a todas las dificultades, el padre Coll derrochaba energía en su apostolado.

Pablo ha dejado testimonio de lo que tuvo que afrontar por la predicación del Evangelio, y entre otras cosas recuerda: «Muchas veces en peligro de muerte; cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué... peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles... peligros entre los falsos hermanos; trabajo y fatiga, noches sin dormir, hambre y sed, muchos días sin comer, frío y desnudez. Aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las comunidades» (2 Cor 11,23-28).

Podemos colocar en este punto la profunda experiencia vivida por el padre Coll a propósito de los primeros pasos de la fundación de las dominicas de la Anunciata (año 1856); ante las diferentes opiniones de sus amigos, el padre Coll manifestaba su voluntad de seguir adelante con su idea, y llegará a decir: «¡Al comienzo todos me dejaron solo!». Un desahogo parecido lo encontramos en san Pablo, que se sinceró con su colaborador Timoteo: «Ya sabes tú que todos los de Asia me han abandonado» (2 Tm 1,15; cf. 4,10).